

# The Standard Bearer

## El Portaestandarte

**The Standard Bearer** (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

### Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimprimos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

### Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.  
Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.  
Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

### Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

### Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: [www.rfpa.org](http://www.rfpa.org)

Página web de la PRC : [www.prca.org](http://www.prca.org)

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

### Oficina editorial

Prof. Barry Gritters  
4949 Ivanrest Ave SW  
Wyoming, MI 49418  
gritters@prca.org

### Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga  
1894 Georgetown Center Dr  
Jenison, MI 49428-7137  
616-457-5970  
dwight@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal  
correo electrónico: [jorge.carbajal.a@hotmail.com](mailto:jorge.carbajal.a@hotmail.com)

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite [www.rfpa.org](http://www.rfpa.org) para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a [mail@rfpa.org](mailto:mail@rfpa.org).

**Abril, 2026 • Volumen 102, Número 8**

## Contenido:

**Contemplando a aquel a quien traspasaron (Juan 19:34,37)**  
**MEDITACIÓN | Rev. Wilbor Bruinsma | 2**

**Los “Dos Pactos” (Gálatas 4:24)**  
**PRESTANDO ATENCIÓN A LA DOCTRINA | Rev. James Laning | 5**



El Portaestandarte • ABRIL 2026 1



## CONTEMPLANDO A AQUELA QUIEN TRASPASARON

**REV. WILBUR BRUINSMA**

Ministro emérito de las Iglesias Protestantes Reformadas y miembro de la PRC en Pittsburgh, Pensilvania.

**Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua... Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron—Juan 19:34, 37**

El clamor de victoria de nuestro Salvador resonó desde la cruz: “¡Consumado es!”

Era un clamor que el pueblo de Dios necesitaba escuchar desde hacía mucho tiempo. Jesús, el Salvador, mediante su muerte en la cruz, consumó poderosamente la salvación de aquellos que el Padre le había dado en la eternidad. En la cruz, salvó a todos los que, con fe, lo buscaron para alcanzar esa salvación en el Antiguo Testamento. Y salvó a todos los que, en el Nuevo Testamento, mirarían hacia atrás a Él con fe.

Sin embargo, el acontecimiento del que habla el apóstol Juan en los versículos que examinamos tuvo lugar *después* de ese clamor de victoria. Se produjo después de que Jesús hubo entregado su vida y muriera. Juan lo incluye en su relato del evangelio porque fue testigo ocular de un acto cruel y espantoso: los soldados traspasaron el costado de Jesús. No bastaba con que Jesús sufriera la agonía de estar colgado en la cruz. Los soldados, crueles y despiadados, ahora habían herido el cuerpo de Jesús con una lanza. Juan, junto con otros, fue espectador de este hecho. Y ahora contemplaban el cuerpo ensangrentado de nuestro Salvador.

Eran poco después de las tres de la tarde del viernes. Dado que el día de reposo judío comenzaba a las seis de la tarde, quedaba poco tiempo para prepararse para el día de reposo. Además, el día de reposo que estaba por venir era un día importante, un sábado especial. Era el día de reposo que ponía fin a la semana de la Pascua. ¡Era necesario ir a casa y estar preparados para afrontar este día con gran gozo! Por lo tanto, el Sanedrín pidió a Pilato que quebraran las piernas de los tres transgresores y bajara sus cuerpos de las cruces. Sin embargo, la verdadera motivación de estos malvados gobernantes era la necesidad de dejar atrás este acto infame, para que la gente ya no se detuviera alrededor de la escena de la cruz. Cuanto antes desapareciera el cuerpo de Jesús, mejor. El Sanedrín quería seguir adelante. Ya habían logrado lo que deseaban.

Así que acudieron a Pilato para pedirle que se les quebraran las piernas a los crucificados, para que murieran más rápido y luego sus cuerpos pudieran ser retirados y sepultados. ¡No es que los judíos impíos quisieran que Pilato bajara de la cruz a estos hombres, incluyendo a Jesús, aun con vida! ¡Eso habría anulado el propósito de la crucifixión! Mas bien, las piernas de los crucificados servían para mantener el cuerpo erguido en la cruz. Esto era lo que hacía que este tipo de muerte fuera tan lenta y agonizante. Sin embargo, si se les quebraban las piernas, el cuerpo de las personas quedaba simplemente colgando de sus manos. Esto hacía que el mentón cayera sobre el pecho, y el que estaba colgado ya no podía respirar. Pronto se asfixiaba y moría. Ese era el propósito de quebrarles las piernas. Además, le daba al Sanedrín una oportunidad más para descargar su furia contra Jesús. Pilato, en respuesta a la petición del Sanedrín, envió a sus soldados al Calvario con la orden de quebrarles las piernas. Fue esto lo que dio origen al acto horriblemente cruel y espantoso de los soldados.

Estos soldados endurecidos y sin piedad tomaron sus mazos y destrozaron los

huesos de las piernas de los dos ladrones. Pero el soldado que estaba frente a Jesús no le quebró las piernas. Reconoció que Jesús ya estaba muerto. Esto debió de sorprender a los soldados. Pocas veces un hombre moriría en una cruz tan rápidamente como Jesús. Sabemos, por supuesto, que Jesús estaba muerto porque entregó voluntariamente su vida. Nadie se la quitó, sino que él mismo entregó su vida por sus ovejas. Desde luego, para comprender esto se necesita un corazón de fe. Tal fe, ciertamente, estos soldados impíos no tenían. Al ver que Jesús ya estaba muerto, este soldado no vio necesidad de quebrarle las piernas. En cambio, traspasó cruelmente el costado de Jesús con una lanza.

Ahora bien, el término “traspasar” no denota una simple estocada con una lanza. Se refiere a ser atravesado por completo, es decir, una estocada destinada a causar una herida mortal. El soldado clavó su lanza profundamente en el costado de Jesús para que pudiera pasar por debajo de sus costillas y llegar a su corazón. Si Jesús no hubiera muerto a causa de su crucifixión, seguramente habría muerto a causa de esta estocada. La lanza penetró tan profundamente en su cuerpo que el apóstol Juan pudo ver la sangre brotar mezclada con agua. Juan registra exactamente lo que presenció: Jesús derramó sangre y agua. Es también sorprendente que el apóstol Juan escriba más adelante acerca de Cristo en su epístola en 1 Juan 5:6: “Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre”. El hecho de que Jesús derramara sangre y agua no encierra verdades profundas y oscuras. Pero ciertamente no podemos dejar de ver en ello que la sangre de Jesucristo, derramada por nosotros en la cruz, es la que nos limpia del pecado. La sangre de Cristo pagó el precio por nuestros pecados. Esa sangre quitó nuestra culpa y nos hizo justos delante de Dios. Por medio de la sangre de Cristo somos justificados. Pero esa misma sangre también nos ha limpiado de la inmundicia del pecado, así como el agua nos limpia de la suciedad de nuestro cuerpo. Por medio de la sangre de Cristo somos santificados, hechos santos ante Dios. Por lo tanto, no fue una simple coincidencia que Juan registrara esto para nosotros.

Pero aunque todo esto es cierto, nuestro interés radica en la cita sobre este acto espantoso que Juan nos cita en el versículo 37. Juan explica que estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: “Mirarán al que traspasaron”. Los soldados traspasaron el costado de nuestro Salvador en cumplimiento del plan eterno de Dios, tal como lo anunció el profeta Zacarías muchos años antes de la muerte de Cristo en Zacarías 12:10. Allí Dios dice: “y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito”. Zacarías se refiere aquí a Dios mismo. Dios dice: “Mirarán a *mí*, a quien traspasaron”. Pero luego continúa: “Y llorarán por *él*”. Y nótese bien: “Llorarán como quien llora la muerte de su hijo primogénito”. Zacarías profetiza directamente acerca de la muerte de Jesucristo. El pueblo de Dios lloró por Él al contemplar cómo fue traspasado su costado. ¡Quedaron sobrecogidos, con profunda amargura! Así era el sentir en el corazón de aquellos que, con fe, estaban al pie de la cruz.

Pero la incredulidad también estuvo presente al pie de la cruz. El salmista escribe en el Salmo 22:16 que perros rodearon a Jesús, lo cerco una multitud de malignos. Estos impíos, en su incredulidad, lo traspasaron. En el versículo 13, el salmista declara que abrieron sobre mí su boca. Mientras contemplaban al Señor crucificado, sus bocas se abrieron de par en par, esperando devorar a Jesús como un león que desgarrar a su presa. Su odio hacia Jesús era feroz. Estos no se lamentaron con amargura. Mas bien, se deleitaron maliciosamente al traspasarlo.

Hoy en día, muchos contemplan este horrible suceso que tuvo lugar mientras el cuerpo inerte de Jesús aún pendía de la cruz. Juan lo registró, y su testimonio es verídico. Gracias al testimonio de Juan, registrado en las Escrituras, muchos llegan a ver al Salvador crucificado. Ven la sangre y el agua brotar de su costado.

El mundo incrédulo contempla a este Jesús a quien traspasaron. No hay compasión

por nuestro Salvador traspasado en sus corazones incrédulos. No hay lamento. Con crueldad, los impíos incluso hoy lo traspasan, despreciándolo, tropezando en la cruz de Cristo. Pronuncian vehementes palabras de odio contra Él. Hoy también, en nuestro mundo violento e incrédulo, los hombres se apresuran a derramar sangre. Su garganta es un sepulcro abierto; veneno de áspides hay debajo de sus labios. No hay temor de Dios delante de sus ojos. La incredulidad los ciega ante este Hijo de Dios y ante la preciosa obra que ha realizado. En la oscuridad de esa incredulidad, hombres y mujeres permanecen indiferentes o insensibles al evangelio. Con crueldad en sus corazones, contemplan a Jesús.

Los creyentes hoy también contemplan este espectáculo de la cruz. Pero no lloran como aquellos fieles seguidores de Cristo en la cruz que pensaban que su causa y su reino estaban perdidos. A nosotros se nos concede ver, con los ojos de la fe, que Aquel que sufrió tal crueldad a manos de los impíos es el mismo Hijo de Dios que nació de una mujer y habitó entre nosotros. Dios dice en Zacarías: “Y mirarán a *mí*, ¡a quien traspasaron!” Cuando contemplamos el rostro de Jesús, ¡vemos su divinidad! Vemos al Hijo de Dios traspasado. Él es el Hijo unigénito de Dios— el primogénito entre muchos hermanos—. En el rostro de Jesús, vemos a Dios encarnado. En esa carne, el Hijo de Dios derramó su sangre por nosotros.

¡En esto se encuentra el verdadero poder de la cruz! ¡La sangre derramada de Cristo es el poder de Dios para salvación! Entendemos que la muerte de un simple hombre no tiene poder. Muchos hombres han muerto por lanzadas o heridas de espada. No hay poder en tal muerte. Pero la sangre derramada del Hijo de Dios quien vino en nuestra carne, ¡*esa* si tiene poder! Después de todo, ¿quién más podría soportar la carga de la ira eterna de Dios y pagar el precio que nosotros, pobres pecadores, le debíamos? Jesús entregó voluntariamente su vida por sus ovejas. Nadie se la arrebató. Lo hizo como el Hijo de Dios, quien tenía poder para dar su vida y volverla a tomar. Mediante su poder como Hijo de Dios, nos libró de las garras del pecado y de Satanás.

¿Qué ves cuando contemplas la sangre y el agua que brotan del costado de aquel Hombre que fue traspasado? ¿Acaso lloras como aquellos pocos creyentes que presenciaron esto? ¿Dudas del poder de la cruz?

Contempla el rostro del Señor viviente que venció a la muerte y al poder de Satanás, y cree. ¡No llores!

Este hombre, a quien traspasaron, cuya sangre corrió por su costado, ¡ha resucitado de entre los muertos! Extiende tu mano y toca la herida de su costado causada por la lanza, y no seas incrédulo, sino creyente.

¡Digno es el Cordero que fue inmolado!